

Posdata sentimental

*José Bello Lasierra*¹

Tuve la ocasión de estudiar el bachillerato en la Institución Libre de Enseñanza, de manera que me movía en el ambiente de la Residencia de Estudiantes desde 1915. Buñuel se inscribió en 1917; desde entonces fuimos muy buenos amigos, y siempre disfruté mucho a su lado. A Federico lo conocí el año 1919, cuando él también se convirtió en residente. Desde el primer momento, Lorca dio muestras de su optimismo, y ni siquiera cambió su ánimo el fracaso horroroso de *El maleficio de la mariposa*, la pieza que aquel mismo año estrenó Catalina Bárcena. Era un hombre muy natural, alegre y decidor, enormemente comprensivo, con un oficio de vivir magnífico.

Dalí llegó a la Residencia en 1922, acompañado por su padre y su hermana, una mediterránea muy apetitosa. Salvador tenía una pinta singular: con su piel aceitunada y aquella melena negra, vestido con una chaqueta de terciopelo negro, un poco al estilo de los artistas bohemios, animó la curiosidad de los residentes. Como su habitación estaba situada en el mismo pasillo que la mía, tuve la ocasión de ver, a través de su puerta entornada, todo el suelo cubierto de cuadros y dibujos estupendos. Entré y le pregunté por aquella obra que se afanaba en ordenar. Tan sólo habían transcurrido tres días desde su llegada, y me faltó tiempo para decirles a Luis y Federico: «Oye, este catalán tiene unos dibujos fenomenales. Hay que ir a conocerlo». Fue así como nos hicimos amigos.

Al igual que Federico y Dalí, yo recibía como paga un duro a la semana, lo cual era muy poco. Aunque no era muy gastador, Buñuel conseguía sacarle algo más a su madre, la entrañable María, ya viuda, de quien era su ojito derecho. Con esos dineros pagábamos nuestras diversiones, y así, aparte de callejear, íbamos al cine muchas veces, a ver las películas de Buster Keaton que tanto nos gustaban. También pasábamos muy buenos ratos en aquel salón de la Residencia, blanqueado, con suelo de madera, un tanto conventual, donde acompañábamos a Federico cuando éste tocaba el piano

¹ *Amigo íntimo de Buñuel, Lorca y Dalí, José Bello estudió junto a ellos en la Residencia de Estudiantes. Su relación con los tres artistas, abordada por Agustín Sánchez Vidal en Buñuel, Lorca, Dalí: el enigma sin fin (1988), desvela cuestiones fundamentales para comprender el carácter de aquel grupo.*

de cola que había en un rincón, o escuchábamos las conferencias de personalidades tan exquisitas como Einstein, Madame Curie, Chesterton, George Bernard Shaw, Tagore, Paul Valéry o Paul Claudel.

Asimismo, íbamos con mucha frecuencia al Museo del Prado, en compañía de José Moreno Villa, un hombre entrañable, muy admirado por nosotros. Pero aunque resultaba entretenidísimo ir allá con Dalí, pues de pintura lo sabía todo, Buñuel se cabreaba mucho y nunca conseguimos que nos acompañase. «Ir al Prado es un prejuicio burgués», decía, mostrando aquella veta irracional suya. Y por si esa obstinación no bastase, aún recuerdo una postura semejante en Segovia, cuando viajaba en coche con Rafael Sánchez Ventura y conmigo. Habíamos comido ya, y de camino Rafael y yo comentamos la posibilidad de visitar el acueducto. Entonces Luis empezó a porfiar, así que Sánchez Ventura, con su mal café, le replicó: «¡Sí, vamos a ver el acueducto! ¿Y qué pasa? ¿Es que no se puede ver el acueducto? ¿Acaso no es una hermosura?». Pero Buñuel seguía en sus trece, muy discutidor. Lo curioso del caso es que, si bien era tan reacio a este tipo de visitas artísticas, luego se sintió fascinado por Goya. De hecho, recuerdo haber conversado con él y con Gómez de la Serna sobre una biografía cinematográfica de Goya cuyo argumento debía escribir Ramón.

Una afición compartida era la que sentíamos por los carnuzos, las cabañerías muertas. Ya de niños nos gustaban. En Calanda, Luis había acompañado al Tío Gilo, un hombre que se ganaba la vida despellejando carnuzos y vendiendo las pieles. Según me contó su hermano Alfonso Buñuel, incluso excavaron un hoyo que luego cubrieron con un cañizo, para de ese modo cazar al acecho los buitres que merodeaban por entre los cadáveres. Asimismo, yo solía ir al barranco de la Alfándiga, en las afueras de Huesca, para disparar con una pistola de mi padre a los buitres que devoraban las carroñas. Ni que decir tiene que la idea del carnuzo también está presente en *Un perro andaluz* y en varias obras de Dalí.

Nos gastábamos bromas continuamente, aunque el director de la Residencia, don Alberto Jiménez Fraud, era la educación personificada y no transigía con el gamberrismo. Dentro de ese orden, nos divertíamos mucho. Por ejemplo, a Luis, como a mí, le encantaban los disfraces, y hay constancia fotográfica de muchas de sus caracterizaciones. También jugaba a ser hipnotizador (es más: creía en su capacidad hipnótica) y una de sus víctimas era Lizcano, excelente sujeto, administrativo de la Residencia, que siempre le reprochaba a Buñuel aquellas miradas con las cuales intentaba fascinarlo.

Es un hecho que, al pasar el tiempo, resulta habitual que un grupo de amigos vaya construyendo una serie de ideas e imágenes que son fruto de la